

Universidad Nacional del Litoral
Secretaría Académica
Dirección de Articulación, Ingreso y Permanencia
Año 2014



Pensar la lectura y la escritura

Un acercamiento a los textos de estudio, investigación y divulgación científica

Adriana Falchini
Cadina Palachi
(coordinadoras)

Falchini, Adriana: Pensar la lectura y la escritura. Un acercamiento a los textos de estudio, investigación y divulgación científica / Adriana Falchini y Cadina Palachi; coordinado por Adriana Falchini y Cadina Palachi - 1a ed - Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2012. 144 pp; 25x17 cm (Cátedra)

ISBN 978-987-657-724-3

1. Lectura. 2. Escritura. 3. Enseñanza Superior. I. Palachi, Cadina
II. Falchini, Adriana, coord. III. Palachi, Cadina, coord.

CDD 407.11

Unidad 5. Desmontajes y nomadías: notas sobre el concepto de género discursivo

Anaía Gerbaudo

1. Leer–escribir o lector como escritor

El día 16 de junio de 1978, Jorge Luis Borges diserta en la Universidad de Belgrano sobre el cuento policial.¹ En un momento de la conferencia plantea un problema: afirma que el lector de ficciones policiales ha sido modelado a partir de la lectura de los textos de Poe. Luego abre un juego en el que hipotetiza respecto del comportamiento de un lector puesto en situación de leer el *Quijote* desde el encuadre del género policial. Es decir, Borges utiliza una categoría teórica para describir el comportamiento de su hipotético lector: supone que a ese lector “le dicen que el *Quijote* es una novela policial”. Hay supuesto allí un funcionamiento típico compuesto por un conjunto de protocolos que configurarían el género “novela policial”. Por lo tanto Borges al hablar de un lector de “ficciones policiales” supone la existencia de un lector en posesión de un metalinguaje mínimo que le permite caracterizar a las ficciones y clasificarlas, en principio, en policiales y no policiales. La ubicación de un texto en un punto específico de la clasificación genérica pareciera, por lo tanto, regular la conducta del lector que lee el texto desde el enclave metatextual:

Hay un tipo de lector actual, el lector de ficciones policiales. Ese lector ha sido —ese lector se encuentra en todos los países del mundo y se cuenta por millones— engendrado por Edgar Allan Poe. Vamos a suponer que no existe ese lector, o supongamos algo quizá más interesante; que se trata de una persona muy lejana de nosotros. Puede ser un persa, un malayo, un rústico, un niño, una persona a quien le dicen que el *Quijote* es una novela policial; vamos a suponer que ese hipotético personaje haya leído novelas policiales y empiece a leer el *Quijote*. Entonces, ¿qué lee?

‘En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo vivía un hidalgo...’ y ya ese lector está lleno de sospechas, porque el lector de novelas policiales es un lector que lee con incredulidad, con suspicacias, una suspicacia especial.

Por ejemplo, si lee: "En un lugar de la Mancha...", desde luego supone que aquello no sucedió en la Mancha. Luego: "...de cuyo nombre no quiero acordarme...", ¿por qué no quiso acordarse Cervantes? Porque sin duda Cervantes era el asesino, el culpable. Luego, "no hace mucho tiempo...", posiblemente lo que suceda no será tan aterrador como el futuro. (Borges, 1978:190)

Borges trabaja sobre el problema de los géneros en los dos párrafos que anteceden al fragmento transcrito introduciendo una precisión importante: entiende que los encuadres genéricos están sujetos más fuertemente a las operaciones de lectura que a las propiedades de los textos. Es por ello que un "lector de ficciones policiales" que además no conociera que el texto de Cervantes puede (o suele) ubicarse en otros géneros o participar de otras taxonomías (parodia de la novela de caballería, texto fundacional del siglo de oro español, etc.) podría leer el *Quijote* desde los protocolos del género policial:

Es sabido que Croce, en unas páginas de su *Estética* —su formidable *Estética*—, dice: "Afirmar que un libro es una novela, una alegoría o un tratado de estética tiene, más o menos, el mismo valor que decir que tiene las tapas amarillas y que podemos encontrarlo en el tercer anaquel a la izquierda". Es decir, se niegan los géneros y se afirman los individuos. A esto cabría decir que, desde luego, aunque todos los individuos son reales, precisarlos es generalizarlos. Desde luego, esta afirmación mía es una generalización y no debe ser permitida.

Pensar es generalizar y necesitamos esos útiles arquetipos platónicos para poder afirmar algo. Entonces, ¿por qué no afirmar que hay géneros literarios? Yo agregaría una observación personal: los géneros literarios dependen, quizá, menos de los textos que del modo en que éstos son leídos. El hecho estético requiere la conjunción del lector y del texto y sólo entonces existe. (Borges, 1978:189)

En su afirmación (o en el juego de sus afirmaciones), Borges incorpora un elemento inquietante: sostiene que los géneros dependen del "modo en que [los textos] son leídos" (1978:189). Borges deja entrever que los modos de leer regulan nuestro trabajo con los textos literarios: en el caso particular que toma, son los protocolos genéricos los que orientan las metas de lectura, la tarea de búsqueda (los elementos que merecen la atención del lector/los elementos que se desatienden), etcétera.

La aseveración de Borges es inquietante por las problemáticas que abre: ¿en qué consiste tener un "modo" de leer? ¿Existen modos alternativos de leer los textos literarios? ¿Existen modos alternativos de leer los textos, en general? ¿Cómo se ha constituido nuestro modo particular de leer? ¿Qué relación hay entre el modo en que leemos y los anteojos desde los cuales nos han enseñado a mirarlos? ¿Por qué desde determinados marcos el *Facundo* de Sarmiento puede leerse como literatura y también como fuente histórica? ¿Por qué la carta de denuncia que Walsh escribe a la Junta Militar hoy se lee también como literatura? ¿Por qué la investigación periodística sobre los fusilamientos de León Suárez que dio lugar a *Operación Masacre* también ingresa

hoy a este género? ¿Varían con el tiempo los modos en que se clasifican los textos en géneros? ¿Hay diferentes modos de pensar las clasificaciones de textos? ¿Hay diferentes modos de pensar el concepto de género? ¿Hay diferentes criterios? ¿Existe alguna relación entre el modo en que nos han enseñado a clasificar los textos y nuestro modo de leer?

2. Una repuesta posible: el punto de vista de Derrida

En “La ley del género” (Derrida, 1980) se condensan los aspectos claves del modo en que Derrida piensa el problema de las clasificaciones de los textos y el lugar que cobra allí el concepto de género.

Derrida entiende que los géneros funcionan de modo prescriptivo: desde el momento en que se escucha la palabra “género” se “dibuja un límite” y cuando se asigna un límite, se anuncian la norma y lo prohibido. Se presupone entonces una “ley del género” que, de forma irónica, enuncia del siguiente modo: “No mezclar los géneros”. Prescripción que exhibe en su mismo enunciado una tensión: si es necesario legislar para mantener la pureza de los géneros, es porque la “contaminación” existe.

Para Derrida un texto no *pertenece* a ningún género de modo total sino que generalmente suele *participar* de uno o de varios. Posición que, por lo tanto, declara insuficiente la apelación al criterio de intencionalidad para habilitar una determinación genérica. Son muchos los ejemplos que podríamos dar aquí y, entre ellos, se inscriben los que mencionamos en el apartado anterior a los que agregamos una breve referencia a la obra de Saer de la que tomamos dos referencias.

Una: es llamativo observar lo que acontece con su poesía, recogida en un texto que se llama, irónicamente, *El arte de narrar*. Paradoja que explota las leyes del género toda vez que pareciera haberse prescripto que la narración no “contamina” la poesía. Veamos un ejemplo que muestra además el modo en que sus poemas rompen los conceptos clásicos respecto del verso, de la rima y también del manejo del espacio:

Encuentro en la puerta del supermercado

La hija:

Sí, pero no debiste mandarme esta mañana. No
debiste. Mis días, todos iguales,
no han debido, inesperadamente, ser divididos, y para siempre,
por esa
herida. Aunque desde el lugar en donde estás —la madurez—
se sepa que alguna vez, una mañana, en el espejo
de todos los días ya no se es, oh cambios, el mismo.
Ya no se es el que era ni el que se creía ser sino otro.
Los años han de parecer, desde donde estás, cicatrices,
y el tiempo un cuchillo.

Pero si esta mañana, en el interior
del invierno, yo hubiese, por lo menos,
entre los monoblocs, en el aire gris, encontrado a alguien
que me hubiese llevado, como otras veces, a tomar un café,
ahora que hemos terminado de cenar,
que papá trabajaba en su despacho olvidado de nosotras,
yo iría tranquilamente a mirar la televisión
sin la intuición de otro mundo o de otros mundos.

La madre:

¿Qué mundos, si se puede saber,
se han de intuir de la simple mirada
de un extranjero? ¿De un hombre de treinta años
parado una mañana contra la puerta transparente
del supermercado que, viéndote llegar,
se fija, por un momento, en tus ojos,
llevado, seguramente, por la inercia de la mirada,
de los ojos acostumbrados a errar y a rebotar
contra una muchedumbre de piedra? Has de haber tenido,
anoche, un sueño rápido, sin recuerdos, cuya memoria,
después, tembló un momento sin florecer, en la mirada
del extranjero, una de esas asociaciones
en la que uno mismo, y no lo que se mira
es, en realidad, lo familiar. Y está también la turbación
que la mirada de un hombre de treinta años, hermoso,
como una ráfaga oscura, siembra
en una criatura que pisa,
por primera vez, el país del amor.

(...)

(Saer, 1977:54–55)

En el otro extremo, y jugando con las paradojas, Saer escribe una “novela” con ritmo de poesía. Extensas frases que llevan a veces más de dos páginas explotan las repeticiones creando el ritmo musical al que la poesía nos tiene acostumbrados. A modo de ejemplo, un fragmento de una oración tomada de esta novela en la que lo que se narra, básicamente, es la caminata de dos amigos, Ángel Leto y el Matemático, por la peatonal San Martín una mañana soleada de octubre de 1960:

Para Leto esos pueblos son la infancia —la infancia, es decir, en su caso, las idas y venidas en tren o en coche motor, las vacaciones de verano o de invierno, en casa de sus abuelos, el negocio de ramos generales de su abuelo, con sus mostradores largos y oscuros, las piezas de tejidos de colo-

res, estampados, floreados, a rayas, a lunares, cuadriculados, o con florcitas negras y blancas de medio luto, puestas unas encima de las otras y ordenadas en diagonal sobre las estanterías, los paquetes amarillos de yerba, acomodados con minucia, con el dibujo y las letras de la marca repetidos en varias hileras, las pirámides de latas de conserva, idénticas, levantas en el fondo del local, los frascos de caramelos, las pilas de paquetes de cigarrillos clasificados por marca, los de tabaco rubio a la izquierda de la estantería, los de tabaco negro en medio, toscanos, toscanitos, fósforos, tabaco y papel de armar a la derecha; los grandes cajones de azúcar, de lentejas, de garbanzos, las pilas de bacalao rígido y cubiertos de sal gruesa, las maletas para la cosecha, que olían a cuero y a grasa, las botellas de vino, de aperitivo, de licor, de cerveza, puestas en orden por tipo, por marca, por tamaño, las vitrinas con artículos de tocador, la fiambra, la balanza, el metro de madera lisa, brillante, oscura y sobada, los almanaques y las pantallas de cartón de propaganda, con fotografías de estrellas de cine, de equipos de fútbol, dibujos humorísticos o artísticos, las cajas de zapato, los tambores de querosén o de alcohol de quemar en el depósito. (Saer, 1985:81–82)

Desde la perspectiva que seguimos en este artículo el intento de determinar una pertenencia genérica absoluta no es sino un gesto autoritario que desconoce el complejo modo en que los textos se producen, circulan y se receptionan en una cultura. Los criterios de demarcación y clasificación genérica son producto de luchas, de negociaciones y de consensos y, por lo tanto, históricos, atravesados por posiciones teóricas que no están liberadas de cuestiones axiológicas, políticas, ideológicas. Esto muestra por qué los criterios no son invariables y por qué el problema del ordenamiento y de las taxonomías suele ser más caótico y más complejo de lo que se suele admitir.

Las consecuencias de la teoría derrideana son sumamente productivas para las ciencias humanas en particular y para las ciencias, en general, ya que permite descubrir que en los textos no canónicamente ubicados en el estante de una disciplina, pueden aparecer formulaciones de alta potencia cognitiva para el campo disciplinar en cuestión (su misma *escritura* es un ejemplo de ello, no incluida por muchos en el estante de la filosofía). Y en este sentido es que podemos afirmar que no parecen quedar dudas de que la literatura es para Derrida uno de los “géneros” que no estando ubicado en el estante de las formaciones discursivas que forman parte del “saber”, genera sin embargo las más potentes conmociones del pensamiento (de ése que tiene “nuestra edad y nuestra geografía”, como dice Foucault —1966—).

Tal vez una hipótesis posible sea que los textos literarios a los que Derrida remite no *pertenecen* solamente a la literatura sino que, *participando* en mayor medida de la literatura, también *participan* de la filosofía. Tal vez, algunos de los textos literarios que en particular más nos interesan no pertenezcan solamente a la literatura sino que probablemente también participen de la teoría. Tal vez, más que afirmar, como suele decirse, que un texto literario se adelanta a una formulación teórica (por ejemplo, “El escritor argentino y la tradición” a las teorías que cuestionan el proyecto de las “literaturas nacionales”) debamos decir que estos textos participan mayormente del género “literatura”, pero también de la teoría. Tal vez también en este sentido, a partir de la *participación*

pación en varios géneros más que atendiendo a su *pertenencia* a alguno de ellos, puedan leerse los textos de Walsh y de Sarmiento que mencionábamos al inicio de este artículo, y los textos en general.

Lo que es interesante analizar, siempre que elegimos pensar un objeto desde un lugar teórico, es qué ganamos y qué perdemos cuando decidimos hacerlo desde allí, qué riesgos estamos dispuestos a correr y ante qué desafíos nos colocan esas categorías que escogemos usar. ¿Qué supone pensar los textos a partir de conceptos que permiten ubicarlos en más de una estantería? ¿Qué seguridades se abandonan cuando se opta por esta manera de abordar el problema de las taxonomías? ¿Qué consecuencias tiene esto para la propia escritura de textos? ¿Qué se gana a nivel de conjetura sobre el valor sociocultural de una escritura cuando sabemos que potencialmente puede participar del arte y de la denuncia, del arte y las especulaciones teóricas, o más claramente expresado, de la literatura y del discurso periodístico, de la literatura y de la historia, de la literatura y de la filosofía, de la teoría literaria y de la filosofía?

Nuevamente Borges parece enseñarnos algo respecto de las clasificaciones cuando desde un texto que se lee como ensayo, como literatura y como filosofía, dice, despertando la risa inteligente de Foucault (1966), que en “cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*” es posible encontrar cierta clasificación zoológica por la cual:

los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas. (Borges, 1952:96)

Con ironía y con humor, durante el panel de apertura de la Jornada *La señal de un trazo. Adiós a Jacques Derrida*, organizada por la Facultad de Humanidades y Ciencias (UNL) y la Alianza Francesa (2005), Ferro cuenta que Libertella suele reiterar con humor que, mientras en los 80 en Argentina se leía a Derrida y a Foucault, Foucault y Derrida leían a Borges.

Lo que Derrida parece habernos enseñado, leyendo a Borges, es algo del orden de cierta revisión de los criterios a partir de los cuales ordenamos nuestro mundo, nuestro mundo textual, en este caso. Desconstruir el concepto de género no significa destruir todo criterio de orden sino descolocar funcionamientos que impiden dar cuenta del modo intrincado, y por lo tanto complejo, en que los textos se conectan en el seno de nuestra cultura en diferentes inscripciones históricas.

Nomadías, migraciones dentro de una clasificación. Desmontajes que pueden realizarse a partir de las teorías que nos ayudan a construir una visión compleja sobre los objetos que, por rutina, inercia o cansancio, tendemos a percibir de modo naturalizado. Entre esos objetos, los textos.

Nota

1. Las clases que Borges dicta en la Universidad de Belgrano están ordenadas según un criterio temático: "El libro", "La inmortalidad", "Emanuel Swedenborg", "El cuento policial", "El tiempo" y compiladas en el libro *Borges, oral* (cf. Borges, 1979).

Bibliografía

- Borges, J.L.** ([1932] 2000): "El escritor argentino y la tradición". En *Discusión en Obras Completas*, Tomo I, Barcelona: Emecé.
- ([1952] 2000): "Kafka y sus precursores"; "El idioma analítico de John Wilkins". En *Otras inquietaciones en Obras Completas*, Tomo II. Barcelona: Emecé.
- ([1978] 2000) "El cuento policial". En (1979) *Borges, oral en Obras Completas*, Tomo IV. Barcelona: Emecé.
- Derrida, J.** (1980): *La ley del género* (mimeo) [trad. Jorge Panesi para la cátedra Teoría y Análisis, UBA de "La loi du genre" en *Glyph*, 7].
- (1992): "The Law of Genre" [trad. Avital Ronnel]. En Attridge, D. (comp.).
- Ferro, R.** (2005): Conferencia, en Jornada "La señal de un trazo. Adiós a Jacques Derrida". Santa Fe: FHUC, UNL, 20 de mayo.
- Foucault, M.** ([1966] 1991): "Prefacio", "Las ciencias humanas". En *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México.
- Saer, J.J.** ([1977] 1988): *El arte de narrar*. Santa Fe: UNL.
- ([1985] 2000) *Glosa*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Sarmiento, D.F.** ([1845] 1993) *Facundo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Walsh, R.** ([1957] 1994): *Operación masacre*. Buenos Aires: Planeta.